

DESCANSO

Elena y Sofía, sentadas en el suelo del pasillo, hacen planes, entre examen y examen agarradas a sendas latas de coca-cola light. Sofía pone cara de mártir antes de responder:

-Descansar.

Por supuesto, ninguna de las dos presenta síntomas alarmantes de agotamiento. Si acaso unas leves ojeras, mínima secuela del estudio o del botellón nocturno. A los veinte años, el verbo descansar es pura exageración, una metáfora de significado impreciso.

Sin embargo tienen razón: todos necesitamos descansar, pero no sólo del trabajo. Hay mil cosas en la vida que agotan bastante más.

¿Qué plan os propongo? Éste es el mío:

-Descansar de las tertulias radiofónicas y televisivas. Por favor, señores contertulios, tómense unas largas y reparadoras vacaciones; olvidense de interrumpirse los unos a los otros con el ingenio que les caracteriza; renuncien por unos meses a agitar las madrugadas de los automovilistas solitarios. (En todo caso, aunque sigan ahí, conmigo no cuenten: yo descanso).

-Descansar de los insultos que propinan unos políticos a otros; de las invectivas contra los árbitros, contra el gobierno o contra la oposición; contra los futbolistas del equipo contrario o del propio. (Si alguna vez he insultado a alguien, aunque sea en voz baja, hago ahora el propósito de no volverlo a hacer. Más que nada, porque cansa una barbaridad).

-Descansar de las disputas sobre meras palabras. Ya se lo dijo san Pablo a Timoteo: «no sirven para nada, y son catastróficas para los oyentes». ¿No tenéis la impresión de que la mayor parte de los debates políticos son pura y agotadora verborrea?

-Descansar de la revistas y de los programas del corazón y otras vísceras. Es cierto que, en verano, suelen estar más activos que nunca y hacen su agosto en agosto explotando la estupidez estival. Pero hay que defenderse: si es necesario, tiremos la tele al mar para descansar un poco.

-Pero, sobre todo, hay que descansar de lo que más agota: de la soberbia, la envidia, la codicia, la lujuria..., es decir, de los siete pecados capitales y de la reata de pecados personales que uno, por desgracia, va acumulando con los años. El egoísmo, que los resume todos, puede fatigar hasta la extenuación.

Gracias a Dios, el remedio está al alcance de cualquier fortuna: el Sacramento de la Penitencia. Una confesión personal, sincera, serena y profunda, puede ser más saludable que el primer baño del verano. No hay mejor forma de ponerse a tono, de preparar el alma para descubrir que lo que realmente descansa es el cariño de la familia, el encuentro con los amigos, el diálogo con Dios y la generosidad con todos.

E.M.



EN LA TIERRA DE JESÚS

De Cafarnaúm, población en la que Jesús fijó su residencia, solo quedan unas pobres ruinas, tan pobres y sencillas como debieron ser sus moradores. Posiblemente por eso la escogió Jesús. Sólo sobresalen los magníficos restos de la sinagoga, pero la que hoy vemos es de construcción posterior a ese tiempo. La de Jesús, en la que se sentó, enseñó e hizo varias curaciones, queda a más bajo nivel.

Este pueblo no fue nunca grande ni rico. Por lo que descubren las ruinas, las viviendas en su mayor parte son estrechas y apiñadas, levantadas con piedra local de basalto y mortero. Las techumbres, de ramas de caña. No se han encontrado tejas. El suelo de las casas consistía en un lecho de piedras gruesas, cubiertas de una capa de tierra apisonada traída del campo.

El ajuar y la vajilla encontrados son de cerámica común, como la hallada en Nazaret, otra población pobre. Según cuenta Flavio Josefo, alrededor de Cafarnaúm había buenos campos de cultivo y muchos árboles frutales. Esto lo prueba la abundancia de ruedas de molino encontradas aquí y que nos hablan de la importancia del pan como alimento básico de cada día. Y, con el pan, el aceite y el vino. También se han encontrado restos de almazaras y lagares.

REPONDE BENEDICTO XVI

«Dios te amó primero», dice la doctrina cristiana. Y te ama sin tener en cuenta tu origen o tu importancia. ¿Qué significa eso?

Esta frase debe tomarse en el sentido más literal posible y así intento hacerlo. Porque es realmente el gran motor de nuestra vida y el consuelo que necesitamos. Lo cual no es en absoluto tan extraño.

Él me amó primero, antes de que yo mismo fuese capaz de amar. Fui creado sólo porque ya me conocía y me amaba. Así que no he sido lanzado al mundo por azar, como dice Heidegger, ni me veo obligado a advertir que voy nadando por ese océano, sino que me precede un conocimiento, una idea y un amor que constituyen el fundamento de mi existencia.

Lo importante para cualquier persona, lo primero que da importancia a su vida, es saber que es amada. Precisamente quien se encuentra en una situación difícil resiste si sabe que alguien le espera, que es deseado y necesitado. Dios está ahí primero y me ama. Ésta es la razón segura sobre la que se asienta mi vida, y a partir de la cual yo mismo puedo proyectarla.

EL ROSARIO

Antes me parecía algo simple, propio de beatos. Apenas sí me atraía; no veía su sentido. No descubría su auténtico valor. Ahora se ha convertido en mi oración predilecta. En él he descubierto la grandeza de sentirme infinitamente pequeña. En ese largo peregrinar de cincuenta cuentas y en esa perla última que es la Salve, he encontrado el verdadero sentido de rezar desde la pequeñez, con humildad.

Al rezarlo me siento como niña que quiere hablar a su Madre con sus pequeños enrevesados balbuceos. Noto el calor de la Madre que escucha paciente la plegaria de su hija y es una forma simple de acercarse a nuestro Padre, sino una forma humilde de presentarme ante El por medio de María. Es como el cantarillo que va a la fuente con ansias de ser llenado. Ese largo peregrinar de cincuenta cuentas es como el polvo que difícilmente puede despegarse de mis sandalias de sencillo caminante. El Rosario forma parte de mi equipo cotidiano para seguir el camino de la vida. Gracias, Madre, por descubrirme tan bello y preciado tesoro. Gracias por enseñarme una forma nueva y humilde de presentarte mi infinita pequeñez.



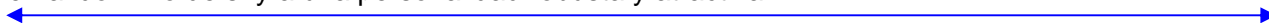
BEATO JUAN ANTONIO FARINA (1803-1888)

Nació en Gambellara, Italia, el 11 de enero de 1803. A los 15 años entró en el seminario. Fue ordenado sacerdote en 1827. Durante 18 años fue profesor en el seminario. En 1831 fundó, en Vicenza, la primera escuela popular femenina. En 1836 fundó las Hermanas Maestras de Santa Dorotea, inicialmente dedicadas sólo a la educación de mujeres pobres. Quiso después que se dedicasen a la educación de las mujeres en general, a la asistencia de enfermos, ancianos, ciegos y sordomudos. En 1850 fue elegido obispo de Treviso, donde hubo de sufrir la oposición del cabildo de la catedral. En 1860 fue trasladado a Vicenza, donde visitó los pueblos más remotos de la diócesis, viajando en mula y hasta a pie. Las obras de caridad que prodigó le valieron el título de "obispo de los pobres". Participó en el Concilio Vaticano I, donde sostuvo la definición de la infalibilidad pontificia. Murió el 4 de marzo de 1888. Juan Pablo II lo beatificó en el año 2001.

PARA TUS MOMENTOS BAJOS

Es muy bueno tener alguna afición donde acogernos en los momentos de depresión, fatiga o emoción negativa. El coleccionista que se enfrasca en sus colecciones; el artista en su música o pintura; el jardinero en sus flores, encuentran un derivativo para su emoción.

También se evade, pero en forma derrotista, el que con drogas o alcohol renuncia a la lucha; pero renuncia también al dominio de sí y a una personalidad robusta y atractiva.



SIEMPRE DEBE SER NAVIDAD

Karl Barth, gran teólogo protestante, tenía la costumbre de todas las mañanas, antes de sentarse a escribir las páginas de su Dogmática, sentarse al piano e interpretar alguna de las sonatas de Mozart, como esperando que su música le descubriera esa «sabiduría central» que Barth consideraba superior a todas las teologías y que supera los conocimientos que lograra almacenar en su vida.

Y un día Barth tuvo un sueño: en él era designado para examinar de teología a Mozart, y como le admiraba profundamente, para que pudiera hacer un buen examen, le preguntaba por la teología que encerraban sus misas. Pero el examinado, Mozart, permanecía absolutamente callado, sabiendo muy bien que todo lo que en sus misas quería expresar no podía resumirse en palabras. Luego tarareaba o tocaba el «Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo», como queriendo decir que ahí se resumía toda su teología.

Pienso yo muchas veces en este sueño de Barth y descubro que, efectivamente, la última clave de todas las teologías está -como dice Merton- en que «Cristo siga siendo un niño dentro de cada uno de nosotros». Los libros, la ciencia, las opiniones, todo queda lejos. La última verdad está en el portal de nuestra infancia.

Tal vez por eso me da tanta pena que la gente confunda la infancia con el infantilismo y la Navidad con un juego de turrónes. Para muchos, las fiestas navideñas parecen ser sinónimo de una fábula de cuento de hadas, tiempo de superficialidad, días de azúcar.

Para mí, en cambio, la Navidad es el tiempo de la verdad desnuda; la hora de descender al fondo de nosotros mismos para reencontrarnos allí, tal y como fuimos, verdaderos y niños, limpios de las rutinas, de las componendas que nos fue imponiendo la vida.

La Navidad no es, para mí, bulla, sino silencio. No tiempo de máscaras y caretas, sino de quitarse todas las que la vida pegó a nuestros rostros. Hora de reencontrarnos con los mejores afectos, de sentirnos más hijos, de olvidar la lucha y las zancadillas, del arte de avanzar por la vida a codazos, de las risas hipócritas.

La Navidad debería ser un tiempo de amnistía para toda mentira, de restañamiento de heridas, de nueva siembra de las viejas esperanzas. Es un tiempo en que todos deberíamos volvernos más jóvenes, estirar la sonrisa, serenar el corazón, descubrir cuán amados somos sin apenas enterarnos, amados por Dios, amados por tantos conocidos y desconocidos amigos. Siempre debería ser Navidad.

